

EL TRABAJO Y LAS FIESTAS (1525-1626)

*Nuestro agradecimiento
al Padre Miguel Vera, a
Fray Emérito y a D^o
Francisco J. Doménech*

En España siempre ha habido oficios que se han considerado honrosos, como trabajar la tierra: un buen ejemplo es la obra de Calderón de la Barca «El Al calde de Zalamea», donde el honor de un labrador queda perfectamente plasmado. Confundido durante siglos con el servicio al rey, la función pública era otra de las labores que no alteraba la reputación de las personas. El trabajo se imponía como una condición necesaria para tener una vida decente. La fiesta y el paseo era a lo que todos aspiraban para ser estimados.

Trabajar la tierra ocupaba a la mayor parte de los vecinos de Caudete. Su jornada durante el invierno era de siete horas diarias, repartidas en cuatro por la mañana y tres por la tarde, incluido un descanso para almorzar y otro para merendar. Las campanas de la iglesia y las ermitas señalaban el comienzo y el final de los trabajos y los momentos de oración, y llamaban a los indigentes para que se presentasen a la puerta de la iglesia o el convento para el reparto de pan y sopa.

La Huerta de Arriba se abastecía con un molino y una balsa. En ella se afanaba Pedro Martínez, el cantarero, y compartiendo con él su jornada, Bartolo Meamoras de Bartolomé. Algún hecho singular tuvo que realizar Bartolo para alcanzar este apodo.

Partiendo de la Huerta, un camino se dirigía hacia la Senda de la Jorneta, donde Juan Costa y Alonso Martínez de Olivencia trabajaban en sus huertos.

La abundancia de morerales en la senda proporcionaba sustento a Roque Botella y Juan Medina.

Vigilando las acequias se encontraba el sobrecequero. Una de ellas transcurría por la Huerta y de sus aguas se aprovechaban las tierras de Miguel Navarro y Jaime Doménech.

Hacia poniente se encontraba la senda Real, junto al mojón de Yecla y la Partida del Pozuelo.

Desde la Huerta de Arriba, siguiendo el camino se llegaba a la ermita de San Sebastián.

La huerta del Charco se extendía por el camino de Villena: se repetía el paisaje de moreras, y su propietaria era Ana Herrera. La balsa y la fuente las separaban de la tierra de Ángela Roig. Ninguna de las dos necesitaba dedicarse plenamente a la agricultura: gozaban de bienestar económico.

La vereda de Bugarra partía de la huerta del Charco. Las tierras de Bugarra, regadas por la acequia Mayor, eran fértiles y muy codiciadas por los caudetanos. En su vega Bartolomé Safontes e Isabel Bleda se dedicaban a su caballería que tenía seis herradas de agua. Justo al lado de la Rambla, Ginés Vinader se enfrascaba en sus labores agrícolas. Alrededor de la balsa se explotaban los morerales de Ana Hernández, de Juana Tallada y de Joan Ferriz. El de este último estaba entre un callejón y el huerto en el que trabajaba Sebastián Conejero.

La huerta de Abajo enlazaba con el camino de Las Eras. Aquí era donde Andrés Ximénez, en su bancal, huerto, cumplía con sus labores. En el camino que se dirigía al Molino Francisco Gil hacía fructífera la tierra.

Las tierras de labor se aprovechaban al máximo y a Jaime de Huesca no le importaba desplazarse hasta los pies de la Alhócerca todos los días.

La Partida de Las Cuadrillas se encontraba junto a la Sierra Oliva. Adentrándose en el Prado, en la dehesa de Oliva, Bernat Golf tenía sus viñas, a las que llamaba La Partida de la Balsilla.

Yendo por el camino de Játiva se llegaba a la ermita de San Josef y a la Partida del Paso, dividida en numerosas piezas de tierra. Una de ellas era la de Damián Martínez y junto a la acequia estaban las de Bartolomé Antolín, Alfonso Hernández y Elvira Medina.

No era preciso que Isabel Gazona se ocupara de la tierra: su posición desahogada le permitía dedicarse a otros menesteres. Poseía una hacienda junto al Parador y su marido era «el discreto Nadal Roig», notario de Caudete.

No todos los caudetanos eran dueños de las tierras que trabajaban. Salvador Mates había arrendado por ocho libras y media valencianas (1) una pequeña pieza de tierra en la que cultivaba hortalizas, y otro tanto había hecho Salvador Ortín por cuatro libras. Ambas piezas se encontraban a los lados del cami-

no que salía de la Puerta de la Villa. Lo que se divisaba a través de ella no eran moreras; jalonando el camino, los olmos lo sombreaban.

Mientras unos araban, cultivaban, recolectaban o, simplemente, miraban al cielo esperando la lluvia, el Almotazán Juan Benito se encargaba en el mercado de establecer los precios, evitando los posibles fraudes en los pesos y medidas que mercaderes como Pere García usaban en sus compras y ventas.

En el Consejo Municipal, los Jurados Juan Costa, Bartolomé Benito y Marco Martínez se ocupaban de los intereses económicos de Caudete, supervisando la actuación de los oficiales locales. Se reunían periódicamente. En una de estas reuniones había sido elegido Síndico Juan de Huesca: como representante de la Villa, trasladaría las peticiones del Consejo a las Cortes del Reino de Valencia.

También había sido elegido Luis Tallada menor, como Justicia. Desde ese momento se ocuparía de la administración judicial de Caudete.

Pero el trabajo, incluso cuando era remunerador, no constituía un fin en sí mismo y dejaba amplio lugar a la diversión. Eran muchas las fiestas de guardar y también las tenía el calendario dinástico y el político. La suerte en las batallas, los nacimientos reales o la muerte del monarca aseguraban una serie de celebraciones: se festeja la victoria de Carlos I en Pavía en 1525, el nacimiento del futuro Felipe II en 1527, la coronación de Carlos como emperador en Bolonia en 1530, la victoria y toma de Túnez en 1537, la victoria del emperador en Mühlberg en 1547, y la de Felipe II en San Quintín en 1557. Un profundo alborozo provocó la victoria de Lepanto y, cómo no, el nacimiento del heredero al trono. Tiziano plasmó estos dos momentos en un cuadro alegórico que hoy se puede contemplar en el Museo del Prado. También tuvo su correspondiente celebración el feliz desenlace de la sucesión al trono portugués a favor de Felipe II.

A estas celebraciones hay que añadir las tres Pascuas: Navidad, Resurrección y Pentecostés. El comienzo del año tenía en toda España un carácter festivo: era el momento de las fiestecillas del «Candil y el Perejil», en las que varias familias se reunían para jugar y bailar. Durante las mismas la puerta se dejaba abierta y cualquiera podía entrar sin necesidad de presentarse.

Los domingos debían respetarse de manera estricta, cumpliendo con el precepto dominical. Sobre él habían llegado a un acuerdo Fray Joan Úbeda, Prior del Convento, y Mosén Francisco Parras, Rector de la Iglesia de Santa Catalina: «que las mujeres, cuando salgan a misa de paridas, no salgan al monasterio, sino a la Parroquia».

Estas fiestas tenían un carácter nacional, pero no hay que olvidar las fiestas locales, votadas por los jurados del Consejo

Municipal, que los Mayordomos pagaban del «bacin» de los Santos. El día de San Antón, 17 de enero, se iba en procesión a la ermita del santo y allí se bendecía el pan. No dudarían los caudetanos en vestir sus mejores galas, ocasión que aprovecharía Nofre Barber para vestir su hábito de la orden de Montesa(2). El 20 de enero, la procesión se dirigía hacia la ermita de San Sebastián. En febrero, el día 3 se festejaba a San Blas y en solemne procesión se llegaba a la ermita de Nuestra Señora de Gracia, donde se volvía a bendecir el pan. La bendición del pan se repetía el día de Santa Águeda, el 5 de febrero. La Asunción de Nuestra Señora era el 25 de marzo y se peregrinaba a la ermita de la Virgen de Gracia. El 3 de mayo, Ascensión de Nuestra Señora, era el día en que se bendecían todos los términos de la Villa, leyéndose cada día la Pasión de San Joan, hasta el 14 de septiembre, día de la Exaltación de la Cruz. El día de San Bernardino y el segundo domingo de mayo, festividad de Nuestra Señora del Rosario, los vecinos de la Villa se encaminaban hacia su ermita. En julio se festejaba a Santa Ana y se subía a la ermita de San Cristóbal. Se bendecía el hinojo el 1 de septiembre, día de San Miguel, y se llegaba a la fiesta grande de las Españas el 8 de septiembre, la Natividad de Nuestra Señora. La Villa se engalanaba, uniendo lo profano y lo divino, expresando una necesidad de comunicación colectiva, tejida de color, movimiento y ruido. Todos abandonaban la Villa: Maciá Mulet el cirujano, Pere Navarro el zapatero, Baltasar Martínez el hilero, Bartolomé Benito el estudiante: junto a sus vecinos llegarían hasta la ermita de Nuestra Señora del Rosario. Cumplimentados los actos religiosos, la fiesta seguía llena de júbilo. En diciembre, finalizando el año, la festejada era Santa Lucía y hacia la ermita de la Santa se peregrinaba.

En el Caudete de antaño no había monotonía, las jornadas ni eran interminables ni estaban dedicadas únicamente al trabajo. Valorar el tiempo de fiesta es esclarecer nuestro pasado. Siguiendo a Caro Baroja: «Las formas de ritual que poseen un valor estético resisten al tiempo».

NOTAS

(1) La libra valenciana estuvo vigente hasta el siglo XIX. La libra valía 15 reales, la equivalencia en pesetas es de 3,75.

(2) La Orden de Montesa se creó en Valencia con los bienes de la desaparecida Orden del Temple. Las órdenes estaban incorporadas a la Corona desde los Reyes Católicos.

BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVO PARROQUIAL DE LA IGLESIA SANTA CATALINA DE CAUDETE
Libro Viejo Segundo. Cláusulas Testamentarias. 1525-1626

BENASSAR, B. Los españoles [actitudes y mentalidad, desde el s. XVI al s. XIX]

Escuadra de Moros Atalahakes